Los vascos en la evangelización de la Argentina*

(Basques in the evangelisation of Argentina)

Ataun, Bonifacio de

BIBLID [1136-6834 (1998), 11, 7-24]

Bonifacio de Ataun pondera la intervención de los vascos en la evangelización de la Argentina. Por su texto desfilan los nombre de Monseñor Fray Martín Ignacio de Loyola (fallecido en 1606), Monseñor Fray Reginaldo de Lizarraga (fallecido en 1609), Monseñor Antonio de Azkona (fallecido en 1700), Monseñor Fray Gabriel de Arregui y su hermano Monseñor Fray Juan de Arregui, Monseñor Julián de Cortazar, Monseñor Fray Diego de Humanzoro (fallecido en 1676); y ya en época contemporánea el de Monseñor Nicolás Esandi (descendiente de una familia originaria del valle de Salazar, en Navarra), obispo de la diócesis de Viedma entre 1934 y 1948, que fue un entusiasta del euskera.

Bonifacio de Ataunek euskaldunek Argentinaren ebanjelizazioan izan zuten partaidetza aztertzen du. Haren testuan hainbat izen garrantzitsu agertzen dira: Frai Martín Ignacio de Loyola monsinorea (1606an zendua), Frai Reginaldo de Lizarraga monsinorea (1609an zendua), Antonio de Azkona monsinorea (1700an zendua), Frai Gabriel de Arregui monsinorea eta haren anaia Frai Juan de Arregui monsinorea, Julián de Cortazar monsinorea, Frai Diego de Humanzoro monsinorea (1676an zendua); eta gure garaian jadanik, Nicolás Esandi monsinorea (Nafarroako Zaraitzu ibarreko familia baten ondorengoa), Viedma elizbarrutiko apezpikua 1934tik 1948ra, euskaltzalea izan zena.

Bonifacio de Ataun analyse le rôle joué par les Basques dans l'évangélisation de l'Argentine. Sont évoqués les noms de Mgr Fray Martín Ignacio de Loyola (mort en 1606), Mgr Fray Reginaldo de Lizarraga (mort en 1609), Mgr Antonio de Azkona (mort en 1700), Mgr Fray Gabriel de Arregui et son frère Mgr Fray Juan de Arregui, Mgr Julián de Cortazar, Mgr Fray Diego de Humanzoro (mort en 1676). Enfin, à l'époque contemporaine, Mgr Nicolás Esandi (d'une famille originaire de la vallée de Salazar, en Navarre), évèque du diocèse de Viedma de 1934 à 1948, fut un grand fervent de l'euskara.

* Archives Manuel de Ynchausti. Ustaritz.

VIIème Congrès d'Etudes Basques = Eusko Ikaskuntzaren VII. Kongresua = VII Congreso de Estudios Vascos (7. 1948. Biarritz). – Donostia : Eusko Ikaskuntza, 2003. – P. 349-353. – ISBN: 84-8419-931-2.

El deseo de adherirme de una manera real y concreta a la por muchos títulos loable labor de los organizadores y realizadores del VII Congreso de Estudios Vascos me obliga a redactar estas líneas, en la esperanza de que podrán ser algo así como un granito de diminuta arena en el grandioso edificio cultural, que en este Congreso se ha de levantar.

No es tarea fácil reducir a los estrechos límites de una comunicación, en el breve espacio de unas horas y no disponiendo sino de escasísimo material informativo, la labor evangelizadora, que religiosos y clérigos de estirpe vasca han venido realizando, en un período de cuatro siglos, en estas tierras americanas que reciben el nombre de Argentina.

Habrá que contentarse con mostrar algunas espigas, recogidas rápidamente, que prueben de veras que la participación de los vascos en la evangelización de este gran país no es nada despreciable.

Con los primeros colonizadores comienzan a llegar al Río de la Plata hombres de sangre vasca, muchos de los cuales han merecido ocupar destacados puestos de honor en la historia civil y militar de la noble nación Argentina: Martínez de Irala, Garay, Azcuénaga, Alberdi, Larrea, etc...

Paralelamente con los primeros evangelizadores arribaron también los primeros misioneros de estirpe vasca, como puede comprobarse por sus apellidos, Armentia, Lazkano, Humanzoro, etc..., y en toda la extensión de la historia eclesiástica argentina encontramos sacerdotes vascos, religiosos o seculares, que han sabido prestigiarse grandemente en el apostolado religioso y cultural.

Como prueba fehaciente de lo que acabamos de afirmar, bastaría enumerar los prelados vascos, aborígenes o criollos, que gloriosamente han ocupado las diferentes sedes episcopales del país.

Entre los obispos de la primitiva diócesis del Río de la Plata, erigida con fecha 1 de julio de 1547, y cuya sede estuvo en la ciudad de Asunción del Paraguay, se encuentra el ilustre vasco Fray Martín Ignacio de Loyola, religioso franciscano, sobrino del glorioso fundador de la Compañía de Jesús, nacido en Azpeitia como su preclaro tío.

El P. Loyola había venido al Río de la Plata como misionero; y tal prestigio adquirió con su apostolado en el país que, a la muerte de Monseñor Liaño, los vecinos de la ciudad de Santa Fe escribieron al rey de España, pidiéndole que llenara la vacante con Fray Martín Ignacio de Loyola o con Fray Baltasar Navarro. Por su parte, el Cabildo de Buenos Aires, con carta poder fechada el 28 de julio de 1600, designó al P. Loyola su procurador en la Corte, dándole el encargo de embarcarse para España e informar al rey de las necesidades de la ciudad. Es lícito conjeturar que el mismo Cabildo apoyaría el pedido de los santafecinos en favor del P. Loyola y efectivamente, el ilustre azpeitiano fue propuesto a la Santa Sede para Obispo del Río de la Plata, y luego nombrado por Roma, antes del mes de septiembre de 1601 probablemente.

Monseñor Loyola emprendió el viaje de España hacia su sede episcopal a mediados del año 1602, llegando a Buenos Aires en diciembre del mismo año. Fue recibido por la población con extraordinario regocijo por las ventajas que había alcanzado para la ciudad. El día 1 de enero de 1603 se hizo cargo del obispado.

El nuevo obispo luego emprendió viaje por toda la extensa diócesis, en compañía del gobernador Hernandarias, recorriendo juntos todo el territorio hasta llegar a la ciudad de Asunción.

El acto de gobierno de mayor transcendencia de Monseñor Loyola lo constituye el sínodo diocesano, celebrado bajo su presidencia en la ciudad de Asunción, en el mes de octubre del mismo año. Esta Asamblea tenía por objeto "prevenir muchas cosas convenientes y necesarias para la buena enseñanza de la doctrina cristiana de los naturales" y reformar las costumbres.

Entre las resoluciones generales del sínodo anotamos las siguientes:

- que se guardasen los concilios de Lima;
- que se enseñase la doctrina en lengua *guaraní,* idioma de los indígenas, por ser la más común y la más clara;
- que todos los indios fueran a la doctrina todos los domingos y fiestas;
- que los niños y jóvenes de ambos sexos tuvieran dos horas diarias de doctrina;
- que se tratase de reducir a los indígenas de toda la provincia, para facilitar su evangelización;
- que en cuaresma los curas recorriesen los pueblos, invitando a los indios a confesarse;
- que se llevase el libro de bautismos, casamientos, defunciones y padrones, así en los curatos de los españoles como en los de los indios;
- que se respetasen los bienes de los indios difuntos;
- que se evitasen las borracheras.

Todas esas providencias son muestra bien clara del magnífico espíritu pastoral que animaba al gran obispo vasco.

Terminado el sínodo, Monseñor Loyola continuó la visita de la diócesis; y después, porque así resultaba más conveniente para el gobierno de la misma, de ordinario residió en Buenos Aires.

Cabría hace notar que Monseñor Loyola fue el primer obispo del Río de la Plata que no tuvo rozamientos enojosos con las autoridades civiles, aunque no siempre se mostró conforme con todas sus disposiciones.

Cuando preparaba ya la celebración del segundo sínodo, conforme se había acordado en el primero de 1603, Monseñor Fray Martín Ignacio de Loyola fallecía en el convento franciscano de Buenos Aires, el día 9 de julio de 1606. Su cuerpo fue sepultado en al iglesia contigua con solemnes funerales, pronunciando su elogio fúnebre el Padre Fray Juan de Escobar, Custodio entonces de la Orden Franciscana.

A Monseñor Loyola siguió en el gobierno de la diócesis del Río de la Plata otro prelado de apellido castizamente vasco, el Padre Fray Reginaldo de Lizarraga, religioso dominico, natural de Bizcaya según unos, y nacido en Lima según otros. Era ya obispo de la Imperial de Chile, cuando el 8 de febrero de 1607 fue promovido a la sede del Río de la Plata. Monseñor Lizarraga se hizo cargo de la diócesis al año siguiente de su nombramiento. Su gobierno se caracteriza por el impulso y orientación definitiva que supo dar a las doctrinas o catequesis con la consolidación de los evangelizadores jesuitas, que en buen número llegaron por entonces al Río de la Plata. En tiempo de Monseñor Lizarraga se proyectó el traslado de la Catedral de la ciudad de la Asunción a la de Buenos Aires.

Después de breve labor, Monseñor Lizarraga falleció en Asunción, a fines del año 1609.

En 1620 se erigió la diócesis de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, y en el catálogo de sus obispos aparecen varios de origen netamente vasco, como declaran sus apellidos.

Después de una prolongada sede vacante, durante la cual gobernó la diócesis, en calidad de vicario capitular, el vasco Franciscano Zaldibar, en 1635 fue promovido a la sede de Buenos Aires Don Cristóbal Aresti, monje benedictino, obispo del Paraguay desde 1628. Fue muy breve su gobierno, y se dice que murió en Potosí en 1638. Fue un prelado apostólico y de mucha austeridad; y el haber tratado de imponer esa misma austeridad de vida a cuantos le rodeaban el proporcionó muy serios disgustos.

En 1675 fue elegido obispo de Buenos Aires Monseñor Antonio de Azkona Imberto, quien anteriormente era Auxiliar del arzobispado de Lima. Era oriundo de Nabarra. Se hizo cargo de la diócesis el 6 de octubre de 1676. Murió el 19 de febrero de 1700, a las 4 horas de la tarde.

El episcopado de Monseñor Azkona fue pacífico y sin mayores transcendencias. Se preocupó de la cuestión de las doctrinas; visitó las reducciones jesuíticas, que, según manifestó en su relación al rey, las encontró muy numerosas de gente, bien asistidas de los religiosos en lo espiritual, con templos capaces, decentemente adornados; y a los indios bien instruidos en la doctrina y costumbres...; con que no hubo más que hacer que confirmar 24.000 muchachos de ambos sexos. Monseñor Azkona edificó el primer palacio episcopal de Buenos Aires, y trabajó intensamente por la construcción de la Catedral.

Fray Gabriel de Arregui gobernó la diócesis de Buenos Aires de 1714 a 1717; y su hermano Fray Juan de Arregui ocupó la misma sede desde 1731 hasta el 19 de diciembre de 1736. Ambos eran religiosos franciscanos, nacidos en Buenos Aires.

La primera diócesis erigida en la Argentina fue la de *Córdoba del Tucamán*, que data del año 1570. Su primera sede fue la ciudad de Santiago del Estero, y desde 1699 es la ciudad de Córdoba. En la serie de sus obispos encontramos varios de estirpe vasca.

Monseñor Julián de Kortazar, natural de Durango de Bizkaya, fue preconizado para ocupar la sede episcopal de *Córdoba del Tucamán* en 1618. Llegó a la ciudad de Santiago del Estero en septiembre del mismo año, siendo consagrado en la misma ciudad; y gobernó la diócesis hasta el año 1625. En el año 1622, consagró en su catedral de Santiago del Estero al primer obispo de la diócesis de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, Monseñor Fray Pedro Carranza. En 1625, Monseñor Kortazar fue promovido a la sede arzobispal de Santa Fe de Bogotá, donde murió en 1630.

Monseñor Fray Nicolás de Ulloa y Hurtado de Mendoza, religioso agustino, de Auxiliar de Lima pasó a ocupar la sede de Córdoba, cuando hacía la visita de su diócesis, y fue sepultado en la Iglesia de Santo Domingo.

Monseñor Dr. D. Juan Manuel de Sarrikolea y Olea, natural de Huánuco del Perú, siendo canónigo penitenciario de Lima, fue preconizado obispo de Córdoba en el año 1724. Luego, en 1730 fue promovido al obispado de Santiago de Chile, y en 1736 al arzobispado de Cuzco, donde falleció en 1740.

Al constituirse la diócesis de Santiago de Chile en 1562, quedó incluido en su territorio jurisdiccional toda la región argentina llamada Cuyo, y continuó perteneciendo a dicho obispado hasta principios del siglo XIX. Entre los Obispos a cuya pastoral solicitud estuvo encomendada esa región durante ese período, hay varios vascos, siendo los dos más notables: Monseñor Fray Diego de Humanzoro y Monseñor Manuel de Alday y Aspe.

Monseñor Fray Diego de Humanzoro nació en Gipuzkoa. Ingresó en la Orden Franciscana. El 17 de septiembre de 1659, encontrándose en el convento de la ciudad de Vitoria, recibió una carta del rey Felipe IV, pidiéndole su consentimiento para ser presentado a la Santa Sede para Obispo de Santiago de Chile. Fray Diego contestó a aquella carta el día 20 del mismo mes y año, aceptando el ofrecimiento, si para ello le concedía licencia el Superior de la Orden. Fue preconizado en el consistorio del 26 de enero de 1660. El día 15 de mayo de 1662 tomó posesión de su sede. Murió en la ciudad de Santiago el 29 de mayo de 1676, y fue sepultado en la iglesia de su Orden, conforme a su disposición.

Monseñor Humanzoro, durante su episcopado, dio grandes muestras de su celo apostólico y de la preocupación que tenía por cumplir debidamente su altísima misión. Por lo que a la provincia de Cuyo se refiere, hizo la visita pastoral desde el principio de abril de 1665 hasta febrero del año siguiente, recorriendo todo el país con gran solicitud. Se preocupó grandemente por la evangelización de los indios, y en más de una ocasión levantó su voz enérgica en favor de los mismos.

En 9 de abril de 1665 escribió al rey desde Mendoza, pidiéndole que mirase por la suerte de los indios de la provincia de Cuyo, en los siguientes términos:

> "Señor: no cumpliera con mi obligación, si no diera cuenta a V.M. de mi venida a la visita de esta provincia de Cuyo y de cuán lastimado tengo el corazón en ella, por haber visto por experiencia de que los daños espirituales, que se siguen del servicio personal de los indios de Chile, se experimentan en la provincia aun con mayor agravio de los miserables indios. De los de Chile tengo data a V.M. larga cuenta en muchas ocasiones, de los de acá no tengo más que decir de lo referido: que padecen la misma esclavitud que los de Chile, y unos y otros no tienen libertad más que el título, con que se van acabando a toda prisa. Y si su Majestad no lo manda remediar, poniendo en todo más eficaces medios que hasta aquí no solo se acabará la tierra, pero también se perderán las almas de los indios y de sus encomenderos: las de estos, por la tiranía con que les usurpan su libertad sin pagarles ni restituirles jamás por entero el precio de su sudor y trabajo, y las de los indios, por no saber ellos la doctrina cristiana y lo necesario para salvarse *necessitate medii*, por no darles lugar sus encomenderos, para que lo aprendan, de que en otras ocasiones he dado larga cuenta a V.M. Y sólo me queda por decir para descargo de mi conciencia, que a las reales cédulas que V.M. manda despachar tan repentinamente para remediar esos gravísimos daños, nunca han tenido ni tienen cumplimiento, por la codicia de los gobernadores, como la experiencia de cien años ha demostrado. Y si no se buscan otros medios, más eficaces, nunca lo será el de las dichas cédulas, porque conociendo la impunidad con que pueden los gobernadores omitir y han omitido la ejecución y cumplimientos de dichas cédulas, correrán con el mismo estilo como ocurre con el presente, sobajados de los sobornos cuantiosos que les dan los vecinos encomenderos, porque no pongan en ejecución las cédulas reales, que prohíben gravemente el dicho servicio personal; y si esto se continuare, como hoy se practica, no podré dejar de decir V.M. con el rendimiento que debo, de que sirva mandar licencia para retirarse al rincón de una celda donde acabe los pocos días que me quedan, sin el desconsuelo y escrúpulo de ver perderse tantas ovejas como Dios me ha encomendado".

Otras siete veces volvió a escribir Monseñor de Humanzoro a la Corte de Madrid en el mismo sentido. El 4 de julio de 1669, con gran energía enrostró a la reina regente la culpa que los monarcas de España tenían en las crueldades cometidas por los españoles con los naturales de América, y principalmente de Chile, diciéndole que como castigo de esa tiranía, Dios les privaría de sus colonias.

Durante la visita de Cuyo, Monseñor Humanzoro dio varios autos y decretos en los que se encuentran muy sabias disposiciones relacionadas con el decoro del culto, la administración de los sacramentos, la instrucción religiosa de los indios, la administración de las parroquias, etc...

Baste lo dicho para demostrar que Monseñor Humanzoro fue un obispo de dotes apostólicas extraordinarias.

Más tarde ocupó la misma sede de Santiago de Chile Monseñor Manuel Alday y Aspee, hijo de padres gipuzkoanos, nacido en Chile. Fue puesto en posesión del Obispado el 7 de mayo de 1754. En agosto de 1760 comenzó la visita pastoral de la región de Cuyo, empleando en hacerla unos cinco meses. En carta de 22 de setiembre de 1761 Monseñor Alday dice el rey:

> "Luego que tomé posesión de este obispado, practiqué la visita... Ultimamente al otro lado de la sierra, he visitado la provincia de Cuyo, con que tengo concluidas las de todo el obispado... he gastado el tiempo de dos años computado el que ha pasado sólo en la visita. Para toda ella he llevado en mi compañía dos misioneros jesuitas, con que al mismo tiempo se ha hecho una misión general por todo el obispado y sitios en que paraba, la que ha producido un fruto muy considerable y muchas reformas de costumbres... Tengo confirmadas cuarenta y ocho mil cuatrocientas cuarenta y seis almas...".

En el auto de visita, que dio en San Luis, entre otras cosas, mandó que el cura no permitiese que los jueces seculares quitasen a los indios sus hijos para entregarlos a españoles, y cuando le pareciese ser conveniente esto para doctrinarlos, luego que estuviesen, fueran restituidos a sus padres...

Ultimamente los primeros obispos de Bahía Blanca y Viedma han sido dos vascos, ambos nacidos en la Argentina. Monseñor Dr. Leandro B. Astelarra, primer obispo de Bahía Blanca, aunque nacido en Campana de la Provincia de Buenos Aires, era vasco de cuerpo y alma. En su escudo episcopal figura en primer término el árbol de Gernika con la cruz. Le gustaba mucho ponderar a Bizkaya y sus cosas; y sus íntimos le llamaban "el vasco". El obispado de Bahía Blanca fue creado en 1934, y Monseñor Astelarra, preconizado en el mismo año, fue consagrado el 3 de marzo de 1935, y tomó posesión de su sede episcopal el 23 del mismo mes. Trabajó incansablemente en la organización de la nueva diócesis, y falleció el 24 de agosto de 1943.

La diócesis de Viedma fue creada en 1934. Es extensísima, y comprende los territorios nacionales de Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra de Fuego y la Isla de los Estados. Es verdaderamente tierra de "misión". El primer obispo de la nueva diócesis fue Monseñor Nicolás Esandi. Fue preconizado obispo el 13 de septiembre de 1943, consagrado el 17 de febrero de 1935 y tomó posesión de su diócesis el 18 de marzo siguiente. Falleció el 29 de agosto de 1948.

Monseñor Esandi, como obispo, ha sido verdaderamente apostólico. No ahorró sacrificio por visitar y evangelizar su extensísima y penosísima diócesis. Fue de un alma extraordinariamente sencilla y encantadora.

Monseñor Esandi, hijo de una familia oriunda del valle de Salazar de Nabarra nació en la ciudad de Bahía Blanca; pero se sentía vasco en todo su ser y se gloriaba de ello. En su hogar paterno aprendió el euskera y lo cultivó durante toda su vida cual amante enamorado, aunque de manera extraordinariamente subjetiva, aislado de todo otro movimiento euskerológico del mundo. Abrigó la convicción de que el idioma de los vascos es la madre de todos los demás idiomas del mundo, antiguos y modernos, desde las inscripciones etruscas hasta los romances. Y pretendiendo demostrar la realidad de su convicción, hizo un esfuerzo imaginativo mental verdaderamente extraordinario transcribiendo y traduciendo en euskera gran cantidad de inscripciones etruscas, y escribió otros trabajos.

En uno de los cuarteles de su escudo episcopal figura un edificio de dos torres, y representa la traducción de su apellido paterno Esandi — casa grande.

Fue miembro fundador y presidente entusiasta y eficaz, hasta su muerte, del Instituto Americano de Estudios Vascos.

Monseñor Esandi es digno de la admiración y del aplauso de todos los vascos.

Del clero secular argentino actual un 6% es oriundamente vasco o lleva apellido vasco.

En cuanto al clero regular, si bien con los primeros misioneros comenzaron a llegar a estas tierras religiosos de estirpe vasca, una actuación más definida y destacada tienen los religiosos vascos, como tales, en el apostolado evangélico de la República Argentina en la época contemporánea.

Son numerosas las Ordenes Religiosas o los Institutos Religiosos que cuentan con individuos de origen vasco en su actividad apostólica en la Argentina: Jesuitas, Franciscanos, Carmelitas, Claretianos, Redentoristas, Sacramentinos, Oblatos de María Inmaculada, Escolapios, Escuelas Cristianas, etc... Pero las Ordenes que mayor contingente de religiosos vascos han dado a la Argentina en los tiempos actuales son los Capuchinos, los Lateranenses, los Bayonenses, los Benedictinos y los Trinitarios.

Los primeros Capuchinos de Vasconia se instalaron en la Argentina el 24 de enero de 1902, haciéndose cargo de la iglesia y convento en construcción en uno de los barrios de peor fama de Buenos Aires, que entonces se llamaba de los Corrales y que luego se le ha llamado Nueva Pompeya. Para los que conocían el verdadero estado de las cosas constituía un acto de verdadera heroicidad aquella instalación. Y a fuerza de grandes sacrificios lograron levantar la Nueva Pompeya de hoy, cuya iglesia de la Virgen del Rosario de Pompeya es, tal vez, el Santuario más conocido y frecuentado de toda Sud-América.

A fines de marzo de 1908, los Padres Capuchinos se hicieron cargo del colegio de varones de los Institutos de Euskal-Echea de Llavallol y que hoy, atendido por los mismos Padres, es un centro de enseñanza secundaria de gran prestigio.

A ruegos de Monseñor Zenón Bustos, obispo de Córdoba, los Padres Capuchinos se establecieron en aquella ciudad en 1911, y desde allí han extendido su apostolado a toda la provincia de Córdoba y a otras provincias del norte, atendiendo al mismo tiempo a una de las parroquias más extensas e importantes de la misma ciudad de Córdoba. Más tarde se establecieron en O'Higins F.C.P., donde tienen el aspirantado con los estudios de humanidades y filosofía, en Villa Elisa de La Plata con el colegio de teología y parroquia,

en Mar del Plata con parroquia y en Llavallol tienen una segunda casa con noviciado y parroquia.

En al actualidad hay en Argentina 80 religiosos Capuchinos vascos, que con los religiosos argentinos formados por ellos forman el Comisario Argentino, entidad jurisdiccionalmente autónoma, y actúan con gran éxito en el apostolado parroquial, en la enseñanza, en la predicación en todos sus aspectos, en las organizaciones de carácter económico-socila y en el terreno de la cultura literaria.

Los Padres Bayonenses de San Miguel de Garikoitz desembarcaron por primera vez en la Argentina el 4 de noviembre de 1856. Habían sido llamados por Monseñor de Escalada, Arzobispo de Buenos Aires para atender a la evangelización de los vascos, que en gran número llegaron por entonces al país. En un principio los Padres Bayonenses se dedicaron a misionar; pero luego emprendieron la obra de la enseñanza y a ella se dedican principalmente en la actualidad. Entre los Padres Bayonenses que se ejercitaron en el apostolado en la Argentina es digno de especial mención el R.P. Francisco Laphitz, nacido en Arizkun de Nabarra en 1832. El P. Laphitz llegó a Buenos Aires en el año 1875 y desplegó en la Argentina, durante treinta años, sus grandes cualidades de apóstol, captándose extraordinariamente el aprecio y la admiración de los católicos argentinos.

En 1899 llegaron a la Argentina los Padres Lateranenses, vascos en su totalidad, y se establecieron en Buenos Aires, Salta y Rosario. Se dedican principalmente a la atención de parroquias y a la enseñanza.

La primera Abadía benedictina establecida en la República Argentina es obra de monjes vascos procedentes de la abadía de Belloc, y es la abadía del Niño Dios, establecida en la ciudad de Victoria de Entre Ríos. Estos Padres atienden un colegio de enseñanza primaria y comercial y la parroquia de Nuestra Señora de Aránzazu en la misma ciudad de Victoria.

Córdoba (Argentina), Septiembre de 1948

BIBLIOGRAFÍA

Anuario Católico Argentino, 1942.

Guía Eclesiástica de la República Argentina, 1946.

Los Bascos en la Nación Argentina.

Argentina Católica, por Julián Alameda O.S.N.

Historia Eclesiástica del Río de la Plata, por R. A. Carbia.

Historia Eclesiástica de Cuyo, por José A. Verdaguer.